

Panzas, de quien yo deciendo; y más, que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por más buenas palabras, el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced; y si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer a mi mujer, la cual, cuando toma la mano a persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ella aprieta a que se haga lo que quiere; pero, en efeto, el hombre ha de ser hombre, y la mujer, mujer; y pues yo soy hombre donde quiera (que no lo puedo negar), también lo quiero ser en mi casa, pese a quien pesare; y así, no hay más que hacer sino que vuestra merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolver, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sansón, que dice que su conciencia le lita que persuada a vuesa merced a salir vez tercera por ese mundo; y yo de nuevo me ofrezco a servir a vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido a caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos.

Admirado quedó el Bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza; que puesto que había leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora «testamento y codicilo que no se pueda *revolucionar*», en lugar de «testamento y codicilo que no se pueda *revocar*», creyó todo lo que del había leído, y confirmólo por uno de los más solemnes mentecatos de nuestros siglos, y dijo entre sí que tales dos locos como amo y mozo no se habrían visto en el mundo. Finalmente, Don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos; y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que de allí a tres días fuese su partida, en los cuales habrían lugar de aderezar lo necesario para el viaje y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo Don Quijote que la había de llevar. Ofrecióse la Sansón, porque sabía no se la negaría un amigo suyo que la tenía; puesto que estaba más oscura por el orín y el moño, que clara y limpia por el terso acero.

Las maldiciones que las dos, Ama y Sobrina, echaron al Bachiller no tuvieron cuento; mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaron la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sansón para persuadirle a que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia; todo por consejo del Cura y del Barbero, con quien él antes lo había comunicado. En resolución, en aquellos tres días Don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho a su mujer, y Don Quijote a su Sobrina y a su Ama, al anochecer, sin que nadie lo

viere sino el Bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, Don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo Rucio, proveídas las alforjas de cosas tocantes a la bucólica, y la bolsa de dineros, que le dió Don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sansón, y suplicóle le avisase de su buena o mala suerte, para alegrarse con ésta o entristecerse con aquélla, como las leyes de su amistad pedían. Prometióselo Don Quijote; dió Sansón la vuelta a su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

CAPÍTULO VIII

Donde se cuenta lo que le sucedió a Don Quijote, yendo a ver su señora Dulcinea el Toboso.

Solos quedaron Don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sansón, cuando comenzó a relinchar Rocinante y a sospirar el Rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido a buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los sospiros y rebuznos del Rucio que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose, no se en qué astrología judiciaria que él se sabía, puesto que la historia no lo declara; sólo le oyeron decir que cuando tropezaba o caía, se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar o caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto o las costillas quebradas; y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino.

Dijole Don Quijote:

—Sancho amigo, la noche se nos va entrando a más andar, y con más oscuridad de la que habíamos menester para alcanzar a ver con el día al Toboso, adonde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto, de acabar y dar felice cima a toda peligrosa aventura; porque ninguna cosa desta vida hace más valientes a los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas.

—Yo así lo creo—respondió Sancho—; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella, en parte a lo menos que pueda recibir su bendición, si ya no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la ví, la vez postrera, cuando la llevé la carta donde iban

las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazón de Sierra Morena.

—¡Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho—dijo Don Quijote—, adonde o por donde viste aquella jamás bastantemente alabada gentileza y hermosura! No debían de ser sino galerías o corredores o lonjas o como las llaman, de ricos y reales palacios.

—Todo pudo ser—respondió Sancho—; pero a mí bardas me parecieron si no es que soy falto de memoria.

—Con todo eso, vamos allá, Sancho—replicó Don Quijote—; que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas o por resquicios o verjas de jardines; que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue a mis ojos alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón de modo, que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía.

—Pues, en verdad, señor—respondió Sancho—, que cuando yo ví ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro, que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como su merced estaba aechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció.

—¿Que todavía das, Sancho—dijo Don Quijote—, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea aechaba trigo, siendo ese un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran a tiro de ballesta su principalidad?

En éstas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el día siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó a Don Quijote. En fin, el propio día al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus a Don Quijote y se le entristecieron a Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como casi no la había visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué había de hacer cuando con su dueño entrase en el Toboso. Finalmente, ordenó Don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche; y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde no les sucedió cosa que a cosa llegara.

CAPÍTULO X

Prepa 8

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.

Cuenta la historia que así como Don Quijote se emboscó en la floresta, encinar, o selva, junto al gran Toboso, mandó a Sancho volver a la ciudad, y que no volviese a su presencia sin haber primero hablado de su parte a su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendición, para que pudiese esperar por ella elícisimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera.

—Anda, hijo—replicó Don Quijote—, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas a buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della: cómo te recibe; si muda los colores el tiempo que la estuvieras dando mi embajada; si se desasosiega y turba, oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie; si te repite la respuesta que te diere dos o tres veces; si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa; si levanta la mano, al cabello para componerle, aunque no esté desordenado; finalmente hijo, mira todas sus acciones y movimientos; porque si tú me los relates como ellos fueren, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón, acerca de lo que al fecho de mis amores toca; que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran, cuando de sus amores se trata, son certísimos correos, que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.

—Yo iré y volveré presto—dijo Sancho—; y ensanche vuesa merced, señor mío, ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana; y considere que se suele decir que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos hay estacas; y también se dice: «donde no se piensa salta la liebre». Dígolo porque si esta noche

no hallamos los palacios o alcázares de mi señora, agora, que es de día, los pienso hallar cuando menos lo piense; y hallados, déjenme a mí con ella.

—Por cierto, Sancho—dijo Don Quijote—, que siempre traes tus refranes tan a pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su Rucio, y Don Quijote se quedó a caballo, descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza lleno de tristes y confusas imaginaciones; donde le dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que, no menos confuso y pensativo, se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apenas hubo salido del bospue, cuando volviendo lo cabeza, y viendo que Don Quijote no parecía, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol, comenzó a hablar consigo mismo y a decirse: «Sepamos agora, Sancho hermano, a dónde va vuesa merced. ¿Va a buscar algún jumento que se le haya perdido? No por cierto. Pues ¿qué va a buscar? Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella, al sol de la hermosura y a todo el cielo junto. Y ¿adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? ¿Adónde! En la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la váis a buscar? De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha, que desfaze los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. Y ¿sabéis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios o unos soberbios alcázares. Y ¿habéisla visto algún día por ventura? Ni yo ni mi amo la hemos visto jamás. Y ¿paréceos que fuera acertado y bien hecho que, si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir a sonsacarles sus princesas y a desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas a puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrían mucha razón, cuando no considerasen que soy mandado, y que mensajero sois, amigo, no merecéis culpa, non. No os fiéis en eso, Sancho; porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. ¡Vive Dios, que si os huelen, que os mando mala ventura! No, sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno; y más, que así será buscar a Dulcinea por el Toboso como a Marica por Ravena o al Bachiller en Salamanca; el diablo, el diablo me ha metido a mí en esto, que otro no.»

Esto soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fue, que volvió a decirse: «Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo, por mil señales, he visto que es un loco de atar,

y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: «dime con quién andas, decirte he quién eres»; y el otro de: «no con quien naces, sino con quien paces». Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos, dromedarios; y las manadas de carneros, ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas a este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo a jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera, que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez a semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo dellas; o quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador, de estos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño.»

Con esto que pensó Sancho Panza, quedó sosegado su espíritu y tuvo por bien acabado su nogocio, y detúvose allí hasta la tarde, por dar lugar a que Don Quijote pensase que le había tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el Rucio, vió que del Toboso, hacia donde él estaba, venían tres labradoras sobre tres pollinos, o pollinas (que el autor no lo declara), aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero, como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolución, así como Sancho vió a las labradoras, a paso tirado volvió a buscar a su señor Don Quijote, y hallóle suspirando, y diciendo mil amorosas lamentaciones.

Como Don Quijote le vió, le dijo:

—¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca o con negra?

—Mejor será—respondió Sancho—, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren.

—De ese modo—replicó Don Quijote—, ¿buenas nuevas traes?

—Tan buenas—respondió Sancho—, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar a Rocinante, y salir a lo raso a ver a la señora Dulcinea del Toboso, que, con otras dos doncellas suyas, viene a ver a vuesa merced.

—¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo?—dijo Don Qui-

ote—Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

—¿Qué sacaría yo de engañar a vuesa merced—respondió Sancho—, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verá venir a la Princesa, nuestra ama, vestida y adornada... en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo, vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver.

—Hacaneas querrás decir, Sancho.

—Poca diferencia hay—respondió Sancho—de cananeas a hacaneas; pero, vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos.

—Vamos, Sancho, hijo—respondió Don Quijote—; y en albricias destas tan no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crías que este año me dieren las tres yeguas mías, que tu sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo.

—A las crías me atengo—respondió Sancho—; porque lo de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.

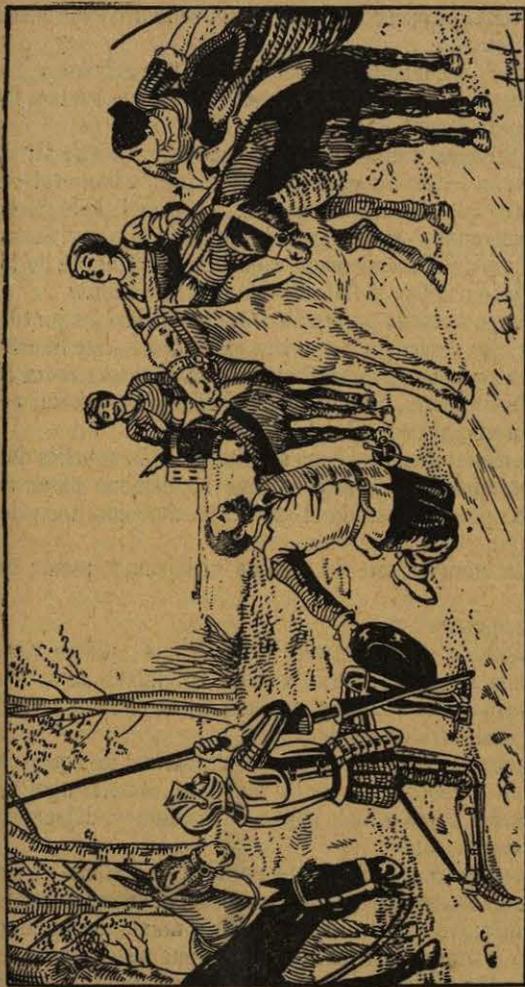
Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca a las tres aldeanas. Tendió Don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso; y como no vió sino a las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó a Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.

—¿Cómo fuera de la ciudad?—respondió—¿Por ventura, tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son éstas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol a medio día!

—Yo no veo, Sancho—dijo Don Quijote—, sino a tres labradoras sobre tres borricos.

—Agora me libre Dios del diablo—respondió Sancho—; y ¿es posible que tres hacaneas, o como se llaman, blancas como el ampo de la nieve le parezcan a vuesa merced borricos? ¡Vive el Señor, que me pele estas barbas, si tal fuese verdad!

—Pues yo te digo, Sancho amigo—dijo Don Quijote—, que es tan verdad que son borricos o borricas, como yo soy Don Quijote y tú Sancho Panza; a lo menos, a mí tales me parecen.



A esta sazón ya se había puesto Don Quijote de hinojos junto a Sancho.

—Calle, señor—dijo Sancho—; no diga la tal palabra, sino despabilé esos ojos, y venga a hacer reverencia a la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca.

Y diciendo esto, se adelantó a recibir a las tres aldeanas; y apeándose del Rucio, tuvo del cabestro a la jumenta de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dijo:

—Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero Don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre el *Caballero de la Triste Figura*.

A esta sazón ya se había puesto Don Quijote de hinojos junto a Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubría en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios.

Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante a su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohína, dijo:

—Apártense, nora en tal, del camino y déjenmos pasar; que vamos de priesa.

A lo que respondió Sancho:

—¡Oh, princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece, viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia a la coluna y sustento de la andante caballería!

Oyendo lo cual, otra de las dos dijo:

—Mas ¡oh, que te estrego burra de mi suegro: mirad ¡con qué se vienen los señoritos ahora a hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos! Vayan su camino y déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano.

—Levántate, Sancho—dijo a este punto Don Quijote—; que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh, extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón, que te adora!, ya que el maligno encantador que me persigue ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos, y no para otros, ha mudado

y trasformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre; si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora.

—¡Tomá qué... mi agüelo! —respondió la aldeana—¡Amiguita soy yo de oír resquebrajos! Apártense y dejenmos ir, y agradecérselo hemos.

Apartóse Sancho, y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que había hecho la figura de Dulcinea, cuando picando a su cananea con un agujón que en un palo traía, dió a correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del agujón, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó a dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por Don Quijote, acudió a levantarla, y Sancho a componer y cinchar el albarda, que también vino a la barriga de la pollina.

Acomodada, pues, la albarda, y queriendo Don Quijote levantar a su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo; porque, haciéndose algún tanto atrás, tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo, más ligera que un halcón, sobre la albarda, y quedó a horcajadas como si fuera hombre; y entonces dijo Sancho:

—¡Vive Roque, que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotán, y que puede enseñar a subir a la jineta al más diestro cordobés o mejicano! El arzón trasero de la silla pasó de un salto; y, sin espuelas, hace correr la hacanea como una cebra; y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento.

Y así era la verdad, porque en viéndose a caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon a correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de más de media legua.

Signiólas Don Quijote con la vista, y cuando vió que no parecían, volviéndose a Sancho, le dijo:

—Sancho ¿qué te parece? ¡Cuán mal quisto soy de encantadores! Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser a mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna. Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado a mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la

de aquella aldeana; y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es un buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores; porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su hacanea (según tú dices, que a mi me parecía borrica), me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma.

—¡Oh, canalla!—gritó a esta sazón Sancho—¡Oh, encantadores aciagos y mal intencionados! Y ¿quién os viera a todos ensartados por las agallas como sardinas en lercha? Mucho sabéis, mucho podéis, y mucho más hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente, todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor; que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza... Aunque, para decir verdad, nunca yo ví su fealdad, sino su hermosura, a la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho, a manera de bigote, con siete o ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de más de un palmo.

—Yo lo creo, amigo—replicó Don Quijote—; porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese perfecta y bien acabada; y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, aquella que a mi me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa o sillón?

—No era—respondió Sancho—sino silla a la jineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un reino, según es de rica.

—Y ¿que no viese yo todo eso, Sancho?—dijo Don Quijote—Ahora torno a decir, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres.

Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, después de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron a subir en sus bestias, para tomar el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar a tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero antes que allá llegasen les sucedieron cosas que, por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá adelante.

CAPÍTULO XII

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos.

La noche la pasaron Don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombreros árboles, habiendo, a persuasión de Sancho, comido Don Quijote de lo que venía en el repuesto del Rucio.

Finalmente, Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y Don Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo había pasado, cuando le despertó un ruido que sintió a sus espaldas; y levantándose con sobresalto, se puso a mirar y a escuchar de dónde el ruido procedía, y vió que eran dos hombres a caballo, y que el uno, dejándose derribar de la silla, dijo al otro:

—Apéate, amigo, y quita los frenos a los caballos; que, a mi parecer, este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos.

El decir esto y el tenderse en el suelo todo fué a un mismo tiempo, y al arrojarle, hicieron ruido las armas de que venía armado; manifiesta señal por donde conoció Don Quijote que debía de ser caballero andante; y llegándose a Sancho, que dormía, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo:

—Hermano Sancho, aventura tenemos.

—Dios nos la dé buena—respondió Sancho—. Y ¿adónde está, señor mío, su merced de esa señora aventura?

—¿Adónde, Sancho?—replicó Don Quijote—Vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que, a lo que a mí se me trasluce, no debe de estar demasadamente alegre, porque le ví arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho; y al caer, le crujieron las armas.

—Pues ¿en qué halla vuesa merced—dijo Sancho—que ésta sea aventura?

—No quiero yo decir—respondió Don Quijote—que ésta sea aventura del todo, sino principio della; que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha; que, a lo que parece, templando está un laúd o vihuela, y según escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo.

—A buena fe que es así—respondió Sancho—, y que debe de ser caballero enamorado.

—No hay ninguno de los andantes que no lo sea—dijo Don Quijote—, y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta; que de la abundancia del corazón habla la lengua.

Replicar quería Sancho a su amo; pero la voz del Caballero del Bosque que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó; y estando los dos atentos oyeron que lo que cantó fué este

SONETO

Dadme, señora, un término que siga,
conforme a vuestra voluntad cortado,
que será de la mía así estimado,
que por jamás un punto dél desdiga.

Si gustáis que callando mi fatiga
muera, contadme ya por acabado;
si queréis que os la cuente en desusado
modo, haré que el mismo amor la diga.

A prueba de contrarios estoy hecho,
de blanda cera y de diamante duro,
y a las leyes de amor el alma ajusto.

Blando cual es, o fuerte, ofrezco el pecho:
entallad o imprimid lo que es de gusto:
que de guardarlo eternamente juro.

Con un *ay*, arrancado al parecer de lo íntimo de su corazón, dió fin a su canto el Caballero del Bosque, y de allí a un poco, con voz doliente y lastimada dijo:

—¡Oh, la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! ¿Cómo? ¿Que será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y finalmente, todos los caballeros de la Mancha?

—Eso no—dijo a esta sazón Don Quijote—; que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podía ni debía confesar una cosa tan perjudicial a la belleza de mi señora; y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos, quizá se declarará más.

—Sí hará—replicó Sancho—; que término lleva de quejarse un mes arreo.

Pero no fué así, porque habiendo entreoído el Caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentación, se puso en pie, y dijo con voz sonora y comedida:—¿Quién va allá? ¿Qué gente? ¿Es por ventura del número de los contentos o de los afligidos?

—De los afligidos—respondió Don Quijote.

—Pues lléguese a mí—respondió el del Bosque—, y hará cuenta que se llega a la misma tristeza y a la aflicción misma.

Don Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó a él, y Sancho ni más ni menos.

El caballero lamentador asió a Don Quijote del brazo, diciendo:

—Sentaos aquí, señor caballero; que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes.

A lo que respondió Don Quijote:

—Caballero soy de la profesión que decís; y aunque en mi alma tienen su propio aisoito las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasión que tengo de las ajenas desdichas: de lo que cantastes poco ha colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir del amor que tenéis a aquella hermosa ingrata, que en vuestras lamentaciones nombrastes.

Ya, cuando esto pasaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del día no se hubieran de romper las cabezas.

—¿Por ventura, señor caballero—preguntó el del Bosque a Don Quijote,—sois enamorado?

—Por desventura lo soy—respondió Don Quijote—, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, antes se deben tener por gracias que por desdichas.

—Así es la verdad—replicó el del Bosque—, si no nos turbasen la razón y el entendimiento los desdenes, que, siendo muchos, parecen venganzas.

—Nunca fuí desdenado de mi señora—respondió Don Quijote.

—No por cierto—dijo Sancho, que allí junto estaba—, porque es mi señora como una borrega mansa: es más blanda que una manteca.

—¿Es vuestro escudero éste?—preguntó el del Bosque.

—Sí es—respondió Don Quijote.

—Nunca he visto yo escudero—replicó el del Bosque—que se atreva a hablar donde habla su señor; a lo menos, ahí está ese mío, que es tan

grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo.

—Pues a fe—dijo Sancho—que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun... Quédense aquí; que es peor meneallo.

El escudero del Bosque asió por el brazo a Sancho, diciéndole:

—Vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos a estos señores amos nuestros, que se den de las astas, contándose las historias de sus amores; que a buen seguro que les ha de coger el día en ellas, y no las han de haber acabado.

—Sea en buen hora—dijo Sancho—, y yo le diré a vuesa merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los más hablantes escuderos.

Con esto, se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.

CAPÍTULO XIII

*Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque,
con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre
los dos escuderos.*

Divididos estaban caballeros y escuderos; éstos contándose sus vidas, y aquéllos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos; y así, dice que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo a Sancho:

—Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mío, los que somos escuderos de caballeros andantes; en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios a nuestros primeros padres.

—También se puede decir—añadió Sancho—que lo comemos en el hielo de nuestros cuerpos; porque, ¿quién más calor y más frío que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aun menos mal, si comiéramos, pues los duelos con pan son menos; pero tal vez hay que se nos pasa un día y dos sin desayunarnos, si no es del viento que sopla.

—Todo eso se puede llevar y conllevar—dijo el del Bosque—con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante a quién un escudero sirve, por lo menos a pocos lances, se verá premiado con un hermoso gobierno de cualquier insula o con un condado de buen parecer.

—Yo—replicó Sancho—ya he dicho a mi amo que me contento con el gobierno de alguna insula, y él es tan noble y tan liberal, que me le ha prometido muchas y diversas veces.

—Yo—dijo el del Bosque—, con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo; y ¡qué tal!

—Debe de ser—dijo Sancho—su amo de vuesa merced caballero a lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes a su buen escudero; pero el mío es meramente lego; aunque yo me acuerdo cuándo le querían aconsejar personas discretas, aunque a mi parecer mal intencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador; y yo estaba entonces temblando si le venía en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella; porque le hago saber a vuesa merced que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia.

—Pues en verdad que lo yerra vuesa merced—dijo el del Bosque—, a causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencónicos, y finalmente, el más erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor sería que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos a nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios más suaves, como si dijésemos cazando o pescando; que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo, a quien le falte un rocín y un par de galgos y una caña de pescar, con que entretenerse en su aldea?

—A mí no me falta nada deso—respondió Sancho—; verdad es que no tengo rocín, pero tengo un asno que vale dos veces más que el caballo de mi amo. ¡Mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocará por él, aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima! A burla tendrá vuesa merced el valor de mi Rucio; que rucio es el color de mi jumento. Pues galgos no me habían de faltar, habiéndolos sobrados en mi pueblo; y más, que entonces es la caza más gustosa cuando se hace a costa ajena.

—Real y verdaderamente—respondió el del Bosque—, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracheras destos caballeros, y retirarme a mi aldea y criar mis hijitos; que tengo tres como tres orientales perlas.

—Dos tengo yo—dijo Sancho—, que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha, a quien crío para condesa, si Dios fuere servido, aunque a pesar de su madre.

—Y ¿qué edad tiene esa señora que se cría para condesa?—preguntó el del Bosque.

—Quince años, dos más a menos—respondió Sancho—; pero es tan grande como una lanza y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapán.

—Partes son ésas—respondió el del Bosque—, no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque.

Escupía Sancho a menudo, al parecer, un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo:

—Paréceme que, de lo que hemos hablado, se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzón de mi caballo, que es tal como bueno.

Y levantándose, volvió desde allí a un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara, y no es encarecimiento.

Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba a oscuras bocados de nudos de suelta, y dijo:

—Vuesa merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo a lo menos; y no como yo, mezquino y malaventurado, que sólo traigo en mis alforjas un poco de queso, tan duro, que pueden descalabrar con ello a un gigante; a quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces, merced a la estrechez de mi dueño, y a la opinión que tiene y orden que guarda, de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo.

—Por mi fe, hermano—replicó el del Bosque—, que yo no tengo hecho el estómago a tagarninas ni a piruétanos, ni a raíces de los montes; allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellas mandaren; fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzón de la silla, por sí o por no; y es tan devota mía y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos.

Y diciendo esto, se la puso en las manos a Sancho, el cual empinándola, puesta a la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber, dejó caer la cabeza a un lado, y dando un gran suspiro, dijo:

—Pero dígame, señor, por el siglo de lo que más quiere, este vino ¿es de Ciudad Real?

—¡Bravo mojón!—respondió el del Bosque—En verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad.

—¡A mí con eso!—dijo Sancho—¡No toméis menos, sino que se me fuera a mí por alto dar alcance a su nacimiento! ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome a oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje, por parte de mi padre, los dos más excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha: para prueba de lo cual, les sucedió lo que ahora diré: Diéronles a los dos a probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad o malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo más de llevarlo a las narices. El primero dijo que aquel vino sabía a hierro; el segundo dijo que más sabía a cordobán; el dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenía adobo alguno, por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordobán. Con todo eso, los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habían dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba, hallaron en ella una llave pequeña, pendiente de una correa de cordobán; porque vea vuesa merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas.

—Por eso digo—dijo el del Bosque—, que nos dejemos de andar buscando aventuras; y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas y volvamos a nuestras chozas; que allí nos hallará Dios, si él quiere.

—Hasta que mi amo llegue a Zaragoza le serviré; que después, todos nos entenderemos.

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y temprarles la sed; que quitársela fuera imposible; y así, asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados a medio mascar en la boca, se quedaron dormidos; donde los dejaremos por ahora, por contar lo que el Caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPÍTULO XIV

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque.

Entre muchas razones que pasaron Don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo a Don Quijote:

—Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, o por mejor decir, mi elección, me trujo a enamorar de la sin par Casildea de